

## LAS DOS CARAS DEL SOL



ESPAÑA es deficitaria en humedad. Entramos en la vertiente europea y nos sorprende y soriega el esplendor de las campiñas húmedas, el verde de los valles, la suavidad de las colinas, pobladas de una flora cálida y lustrosa. Hemos dejado atrás al mundo de sol y sombra de Regoyos o la luz lacerante de Sorolla.

La sequedad nativa y natural impregna no sólo nuestro aire sino la iconografía entera de nuestro país. En los paisajes de Azorin no hay agua. La única líquida excepción está en las mejillas de nuestras Dolorosas. Tal vez haya una exudación íntima, un lírico caudal como contraste a la penuria del paisaje. Ese pozo infinito de dolor que asoma en los ojos de nuestra imaginaria hace un contraste ácido con el páramo.

Nos falta la humedad. Advertía Ramiro de Maestu en las estaciones pueblerinas el polvillo de la tierra adentro, en la sequedad de la mañana. En el andén, unas cuantas mujeres; decía Maestu que en sus ancas cabría de nuevo toda la Historia de España. Sobre ellas se apoyaban unas cántaras. Iban o volaban de la fuente y apretaban las tinajas al borde de la cintura, en comunicación de las dos arcillas. La noble andadura femenina estaba hecha del andar del agua, como una reliquia, por el polvo de la tierra. La fuente, de un solo caño, como un privilegio de Dios, ha sido el ágora de la tierra castellana. Ese ancho círculo de mujeres parlanchinas debate alrededor del agua que cae y que pone a sus voces un eco gorgoteante de escondidas cuevas y un cierto destello mineral. El agua está lejos en vastas zonas de España. Por eso el agua es un acontecimiento social, que convida a la convivencia y al debate. Luego, esa agua se guardará en la casa, estará en un fresco rincón como está un mueble, de pie y en silencio.

Pero en el resto de la Europa no ocurre así. El agua corre en tropel por el suelo, cruza los campos, entra en las ciudades y se abre en canalillos entre el adoquinado. Hay ciudades que escuchan la melodía del agua incesantemente, en el sueño y en la vigilia, a todas horas. Es como una música perfumada que llevan dentro. La capitalidad de esta Europa mojada es Estrasburgo, que es como una Venecia domesticada sobre el río Inn, al que tiene que cruzar sobre ochenta y cinco puentes. Si no fuera por la mole de su egregia catedral, Estrasburgo podría parecer una ciudad japonesa, toda ella llena de pasarelas y puentecillos aptos para la caligrafía de los biombos. Hay muchas otras ciudades musicales del rumor del agua. La Europa húmeda tiene nombres de río. Se puede cruzar Europa de Oeste a Este y de Norte a Sur a bordo de faluchos y barcos, por un sistema de esclusas portentoso. Esa agua se derrama a Occidente y Oriente y da lustre y fecundidad a la tierra y al paisaje.

Esa agua no llega a España. Los contrafuertes de los Pirineos derraman la humedad sobre las tierras del Norte, de Galicia al litoral mediterráneo. Pero en cuanto se eleva de nuevo la meseta, ella queda únicamente a merced de la lluvia del cielo. La tierra solicita y consume su humedad al contado. Una gran parte de España vive del agua del cielo y vive al día. Hace un siglo la voz tonante de don Joaquín Costa clamaba por una política hidráulica que, en parte, ha tardado un centenar de años en ser realizada. La España seca presidió el desastre del 98. Las gargantas mejor timbradas tuvieron que enmudecer. Una muchedumbre se moría de sed sobre la tierra áspera.

España ha seguido siendo la tierra del sol, tendida en la parquedad de sus elementos líquidos, steando a la intemperie con escaso vestido. España, según se dice, es diferente. Y es diferente precisamente por la sequedad de su superficie y de su ambiente. Hasta hace poco la sequedad de España era un terrible problema. Ahora, los catorce millones de turistas que llegan a nuestro solar parece que den otro cariz a lo que era considerado como una tragedia nacional. Porque lo que estas masas piden de nosotros y exigen de nuestro país es precisamente que no llueva; que no haya más agua que la de nuestro litoral y que lo que era para nosotros una "debácle" tremenda se convirtiera en motivo de nuestro orgullo.

El sol tiene ya para nosotros, como tiene la luna, dos caras. El sol tiene en España una cara dolorosa y terrible, que ha hecho un yermo de vastas zonas de nuestro suelo; y otra cara risueña, la cara que da el "bronce" a las inglesas y que se acompaña de una melodía en el altoce, mientras la líquida sustancia de nuestras malaventuras se disfraza en botellines para el aperitivo de las doce.

Esa segunda cara del sol, que asoma en los crepúsculos estivales, nos ha hecho olvidar la faz sinistra que el sol tiene para nosotros. Se urbanizan las playas del litoral y hay una euforia resonante en la construcción de apartamentos, para vender espacios soleados. Pero dentro y en el interior del país está, como estaba, la superficie que se tuesta sin remisión y que busca la humedad denodadamente. Un estío anticipado puede malbaratar las cosechas y una ciudad como Madrid, en el centro de la meseta, está obligada a apagar sus grifos y a controlar su consumo de agua.

Hacemos gala de la clemencia de nuestro clima, del color azul de nuestro cielo y de la eficacia con que el sol se derrama y caldea el paisaje. Esos son, durante un periodo del año, elementos exportables de nuestra fisonomía geográfica y social. Pero en el interior de la tierra, hombres y bestias deben andar por los caminos bajo enormes pamelas que les oculten del sol, chafados por la luz y el calor que los turistas vienen a buscar y pagan generosamente.

La segunda cara del sol no debiera distraernos de los rigores de la primera, ni hacernos olvidar que el rigor con que el sol nos castiga es causa de muchas de nuestras desgracias. Hemos llegado a dar fe al "slogan" que prodigamos para la atracción de forasteros. Pero añoramos la niebla benigna, la lluvia sonora, el caudal incesante. El espíritu acomodaticio de un pueblo que aspira a vivir de lo que le dejan sus convidados, topa con la realidad del menester cotidiano, con una voz interior que nos dice que no es lógico vivir del cuento.

Hay que vivir del esfuerzo diario y establecer una especie de autonomía del pan. No es lógico ganar la existencia con el servicio de unos chatos, la colorada gamba y las irradiaciones del sol. Precisamos de la lucha cotidiana contra una tierra adversa, hasta hacerla próspera, y de la indeclinable obligación de ganar el pan con el sudor de nuestra frente, en lugar del sudor turístico y deportivo de los demás, cuando están de vacaciones.

Por ello nos encontramos con que, de nuevo, en el mes de mayo, la pastoral de algunos obispos nos invita a hacer rogativas para que del cielo llueva el maná de la lluvia. En mayo, cuando empiezan a circular por las carreteras las "roulottes" de los turistas, pedirle al cielo que llueva puede atraer sobre los campos el privilegio de la climatología, pero puede perjudicar al turismo, esa fuente de ingresos que consideramos ahora vital para nuestra economía. Los hados celestes tendrán que decidir cuál de los dos capítulos tiene preferencia: si el trigo o el bikini.

Es posible que, a medida que pase el tiempo, se acentúe el contraste que nos ofrecen ya ahora las dos caras del sol. Será preciso que dilucidemos qué nos conviene más: si atraer el agua u olvidarla. Pudiéramos muy bien exportar una propaganda del sol, pero guardar para nosotros un deseo de lluvia. Si decimos que España es el país del sol, digámoslo en nuestro interior con el ánimo un poco contrito y desolado.

**una ducha** El profesor Hermann Oberth explicaba, no hace muchos días, en una conferencia, las razones de su vocación como elemento puntero de la ciencia nuclear. Este científico alemán presagiaba para el futuro una serie de experimentos que bien pudieran alterar o modificar las circunstancias actuales de la climatología, hasta mudar la faz del globo.

Uno de esos experimentos, aventura gigantesca del afán científico, consistiría en situar sobre el Polo Norte un espejo circular de trescientos kilómetros de diámetro, mediante el cual se recogerían los rayos del sol y se proyectarían sobre las zonas gélidas del caperuzón terrestre. De este modo se obtendría el deshielo del Polo Norte y podrían ser irrigadas y convertidas en tierras fértiles las que ahora cubre el círculo glaciar.

El propósito nos parecería utópico si no estuviéramos asistiendo a tantos prodigios de la técnica y si no estuviéramos ya a estas alturas curados de espanto respecto a las previsiones del porvenir. Pero estábamos tentados de preguntarle al ilustre profesor si no consideraba más hacedero y urgente, puestos a elevar trescientos kilómetros de material pesado en la estratosfera, colocar sobre nuestro país una dilatada sombrilla de nubes, que pudiera acrecer los grados de nuestra humedad. Si esta sombrilla pudiera ser abierta y cerrada a voluntad, nos hallaríamos en regla con nuestras necesidades y con nuestras posibilidades.

Tal vez llegue un día que esta tierra del vino y de María Santísima, gracias a los grandes experimentos de los hombres de ciencia, pueda ver abrirse a discreción los grifos de la lluvia, a una hora en que el chaparrón no empecsa nuestro celoso instrumental turístico. En fin, en que sea posible aliviar nuestra sequedad exterior, y hasta interior, con una templada ducha, como las que nos damos en los hoteles. Que Joaquín Costa y Hermann Oberth nos sean propicios para el caso.